

y los programas sí conducen a los pueblos. Mayor necesidad de ello hay en estos países en donde el pueblo, en continua formación, ha pasado de conquistado a criollo, de criollo a revolucionario, de revolucionario a autónomo, cambiando de hábitos a cada nueva transformación, sin que haya sido posible que se acentúe en él la estabilidad de costumbres que producen siglos de existencia, como sucede al pueblo inglés.

Con el empirismo es imposible educar un pueblo.

ALBERTO CORADINE

Santamarta, 1912.

UN NUEVO LIBRO

SOBRE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Ofrecemos con gusto a los lectores de esta REVISTA la traducción de un artículo en que *The New York Times* anuncia la aparición en lengua inglesa del reciente libro sobre San Francisco de Asís, escrito en danés por Joan Jorgensen. Algunos ejemplares de la versión francesa, en preciosa edición, llegaron en el año pasado a esta ciudad, y dentro de poco aparecerá, editada en la imprenta de *La Luz*, una versión castellana debida a la pluma, ya ventajosamente conocida, por la traducción de uno de los libros de Monlaur, del joven seminarista bogotano, don Luis Concha Córdoba.

El escrito que ahora insertamos es digno de atención por la hermosura de las ideas que contiene, pero más aún por haber aparecido en un diario protestante. El entusiasta elogio de San Francisco y de su adhesión a la Santa Sede hecho por escritor no católico, es verdaderamente admirable, así como el parangón entre la obra de Jorgensen y la de Sabatier, y la preferencia que el autor otorga a la primera, fundado en que Sabatier no penetró en el espíritu del santo, pues, como es sabido, Sabatier es también escritor protestante.

La historia personal del escritor danés no puede ser más bella. Muy joven todavía, se hizo en su patria a una gran reputación por

sus escritos literarios y artísticos, y movido por su ardiente deseo de empaparse directamente en las grandes obras artísticas de la edad media, emprendió viaje a Alemania, visitando los conventos y antiguas abadías, donde quedó impreso para siempre el espíritu de aquellas épocas de gloria y de poesía. La vista de las maravillosas obras de arte que encontró a cada paso, impregnadas del más hondo sentimiento católico, fue suficiente para mover primero su imaginación y luego su inteligencia hacia esa religión que había dado vida inmortal a las piedras y mármoles; y al llegar el viajero a la región de la Umbría y penetrar en la triple maravillosa basílica consagrada a San Francisco por su ciudad nativa, un rayo de luz celestial bajó a su corazón y pronunció con labios serenos la palabra de la fe.

Dios es maravilloso en sus santos, dice la Escritura, y maravilloso en los caminos distintos y múltiples por donde llama a sí las almas de su predilección. ¡Qué de extraño que EL, en los misterios inescrutables de su sabiduría, se dé a conocer por medio de los toques silenciosos e indefinibles del arte, si la belleza que el hombre realiza no es otra cosa que un resplandor de la eterna verdad, que es EL mismo!

H. H. y C.

Cuando el ilustrado jesuita Juan Bolando concibió en el siglo XVI el pensamiento de reunir en una sola obra la historia de todos los santos canonizados por la Iglesia, comprendió que la tarea que se había impuesto era en verdad tan gigantesca, que no podría realizarse por un solo hombre, ni siquiera solo un siglo; y así, a partir del año 1630, ha ido apareciendo volumen tras volumen la obra inmensa que contiene las vidas de todos los santos canonizados, jóvenes o viejos, seculares o clérigos, vírgenes, confesores, mártires o apóstoles; y no obstante la colaboración de multitud de compañeros de religión, la obra ha conservado siempre el nombre que se dio a sus primitivos autores, bolandistas, y bien puede considerarse que no ha sido rivalizada hasta hoy en ninguna literatura por la grandeza de la idea, profundidad de erudición y delicadeza

de la crítica (1). La lectura de esas vidas de santos es más interesante, además, que la de cualquier novela o que las mismas biografías de los grandes soldados y héroes de la historia.

Entre los nombres que allí figuran, el de San Francisco de Asís ocupa uno de los primeros puestos. Su extraordinaria vocación a remediar los males del siglo en que vivió, los medios ideados por él para realizar sus propósitos de santificación del individuo y de reforma social, el atractivo de sus cualidades personales y la perpetuidad de su obra, a través de grandes obstáculos y dificultades, todo hace de San Francisco una personalidad perfectamente definida y sobresaliente entre todos los grandes hombres que durante veinte siglos han ido tras los huellas de Cristo, defendiendo y propagando su doctrina.

No es maravilla, por tanto, que hombres como Tomás Celano y el gran Cardenal San Buenaventura, juzgasen digna de especial recordación la vida de San Francisco, y que Dante, el emperador de los poetas, lo inmortalizase en su *Paraiso*, mediante el elogio sublime que puso en boca del rey de los teólogos, Tomás de Aquino; ni asombra tampoco que tras un lapso de siete siglos un francés tan ilustrado como Sa-

(1) La reciente y monumental enciclopedia que publica la casa barcelonesa de J. Espasa e Hijos, trae la biografía del padre Bolando y la historia de las vicisitudes de la obra de los Bolandistas. El padre Juan Van Bolland, insigne por su virtud y ciencia, nació en 1596, en Tirlémont, y murió en Amberes en 1665. No fue él, sin embargo, sino el padre Rosweyde, quien ideó la publicación de las *Acta Sanctorum*; pero habiendo éste fallecido, quedó encargado el padre Bolando de llevar a cabo la empresa. Su nombre aparece en los dos primeros tomos. Tuvo por principales colaboradores a los padres Henschen y Papebroch. La publicación ha sido interrumpida varias veces, y largamente favorecida en otras por varios soberanos. Hoy constituyen la corporación de los Bolandistas los padres de Senedt, Presidente, Van Ortroj, etc., y en su residencia de Bruselas, Boulevard St. Michel, poseen un magnífico museo y biblioteca con 150,000 volúmenes, 600 revistas y sala de trabajos. (El Traductor)

Sabatier y un danés tan erudito como Joanes Jorgensen, hayan hecho materia especial de sus estudios los hechos y doctrinas del gran San Francisco.

El último de los citados escritores, hombre del norte y sin afinidades por lo mismo de carácter ni raza con el ardiente europeo de los países meridionales es digno de atención por la simpatía que en él ha despertado la historia de San Francisco; y por lo mismo, Mr. T. O'Connor Sloane se ha hecho acreedor al reconocimiento del público ilustrado y de todo hombre estudioso por su clara, elegante y fiel traducción de la obra danesa; pues libros como éste elevan la inteligencia, dan fuerza moral a la voluntad y purifican la imaginación, únicos objetos dignos de toda obra literaria.

La diferencia entre Sabatier y Jorgensen estriba en que si bien el primero es ciertamente un *scollar*, que escribe en excelente estilo y presenta los hechos con toda fidelidad y con simpatía al propio tiempo hacia el asunto de que trata desde el punto de vista estético, sin embargo no aprecia la influencia superior que inspira y domina la vida íntegra de San Francisco; en tanto que Jorgensen, por el contrario, cumple esta condición esencial y demuestra que la vida de San Francisco no puede ser apreciada debidamente por aquel que no vea en él un sér profundamente empapado en la creencia de lo sobrenatural y dominado por un intenso amor á Jesucristo, Hijo de Dios; creencia y amor que forman el único móvil y las únicas causas inspiradoras de la vida y de las acciones del santo, sin que pueda haber ningún otro motivo distinto que sea suficiente a explicarlas. De suerte que la palabra de Sabatier nos parece como una voz que suena fuera del instrumento músico, en tanto que Jorgensen hace vibrar las mismas cuerdas que sonaron en el recinto sagrado de la vida de San Francisco.

Al organizar en Italia una comunidad religiosa, que pronto habría de extenderse por toda Europa, cuyos miem-

bros estaban sujetos al voto solemne de pobreza, a que él mismo había empezado por ceñirse rigurosamente, San Francisco dio el mayor ejemplo a las clases opulentas de su tiempo y creó el espíritu de fraternidad entre el rico y el pobre.

Aquellos tiempos exigían esa enseñanza y esos ejemplos. Las ciudades italianas vivían entre sí en estado de guerra incesante, y lo mismo Arezzo, Perusa o Siena, que Florencia, Génova, Milán y Venecia eran víctimas de las guerras civiles. Sin los medios de locomoción de que hoy disponemos, los habitantes de cada lugar se mantenían encerrados dentro de los muros de su ciudad, sin trato ni comunicación entre sí; y poblaciones que no distaban unas de otras más de dos días de camino, andaban en reyerta continua.

Los ricos oprimían a los pobres; el señor feudal, acompañado de sus *bravos*, atacaba los castillos construídos en las alturas, moradas de buitres; un espíritu de venganza dominaba a aquellos personajes, y las consecuencias de tal sistema no eran otras que la violencia y el derramamiento de sangre, a tiempo que el espíritu anticristiano de los albigenses invadía ya a Italia, después de haberse apoderado de las provincias del sur de Francia. Las iglesias saqueadas, los nobles asesinados, destruídas las poblaciones débiles, a tal punto había llegado esa situación, que fue necesaria toda la energía y la habilidad de Simón de Montfort, en la batalla de Muret, cerca de Tolosa, para batir aquellas hordas, restablecer el orden y restaurar la noción del derecho de propiedad. Pero más, mucho más que Montfort y sus huestes, fue lo que alcanzaron los franciscanos, los "hermanos menores" de San Francisco; porque ellos dilataron el espíritu de Cristo y enseñaron las nociones de libertad, igualdad y fraternidad, tomadas estas palabras en su sentido cristiano; defendieron y protegieron el derecho de propiedad, pero enseñándoles al propio tiempo a los ricos sus obligaciones para con el pobre. Su

"dama la Pobreza," como Francisco la llamaba, era noble y hermosa, e inspiró a Dante aquellos cantos en que, como buen franciscano, supo alabarla tan admirablemente recordando que ella, la santa Pobreza, la Esposa de Cristo, estuvo más cerca de EL que su misma Madre, puesto que a su Madre la dejó al pie de la Cruz, en tanto que EL moría en brazos de la Pobreza.

Santo Tomás de Aquino, quien nació aproximadamente cuando moría San Francisco, bebiendo su inspiración en las mismas divinas fuentes que San Francisco había apurado, enseñó y demostró con apretados silogismos que la propiedad privada es necesaria a los hombres, puesto que el individuo cuida mejor de lo propio que de lo perteneciente a la comunidad, y puesto que el hombre, si no estuviera halagado por la noción del dominio, abandonaría el trabajo, dejando a los demás el cuidado de los bienes comunes, como sucede en las casas de familia cuando no se asigna a cada criado una tarea propia y especial; porque los negocios humanos van con mayor orden y concierto cuando el cuidado de cada cosa está asignado a cada individuo en particular, y porque en virtud de los bienes que se desprenden del dominio privado, la paz queda asegurada entre los hombres, quienes se sienten satisfechos sabiendo que hay algo que les pertenece exclusivamente.

Y de ahí el que, como dice el Doctor Angélico, compondiendo en estas palabras las enseñanzas del pobrecito de Asís, sean mucho más frecuentes los pleitos y molestias entre los que poseen bienes en común que cuando cada cual tiene asignado su respectivo predio, lo cual constituye un poderoso estímulo a la industria. Y por eso debemos decir que Francisco de Asís fue un gran reformador y campeón insigne del pobre, pero no socialista, como que él creía en Dios y en las enseñanzas del Hijo de Dios, quien respetaba, limitándolos, los derechos humanos, y por su Apóstol decía: "Haz que el rico en el mundo haga el bien, que sea rico en obras buenas, que distribuya y comparta la riqueza."

za con sus semejantes." Santo Tomás, por su parte, formulaba con sencillez filosófica la doctrina enseñada por San Francisco y por la Iglesia toda, y negada por los albigenes y por sus predecesores y discípulos. Y Dante, al poner en labios de Santo Tomás el panegrico de San Francisco, declara por el mismo hecho ser él mismo, el poeta sublime, discípulo del uno y del otro.

El ejemplo dado por San Francisco, así como las enseñanzas de San Pablo y de San Francisco, presentan la única solución posible al gran problema social de la época presente, el cual será, por lo demás, bajo una u otra faz, el problema eterno de la humanidad, la reconciliación de la riqueza y la pobreza, del señor feudal o del opulento propietario con las clases menesterosas. Jamás la revolución pudo darle solución cumplida; y así, por ejemplo, la revolución francesa, hija al parecer de un sentimiento de libertad y de igualdad, no consiguió sino hundir las clases populares de Francia en un estado de miseria tan profundo como nunca lo conocieron bajo el antiguo régimen monárquico, hasta que la república misma vino a desaparecer bajo el peso del despotismo militar. Así terminan todas las reformas sociales que no se inspiran en los eternos principios que podemos apellidar "franciscanos." Esos pretendidos "reformadores" acaban por corromperse más que los mismos a quienes pensaron "reformular."

Ejemplo notable de la influencia política que ejerció San Francisco en Italia es la manera como supo sosegar las diferencias y disputas que habían surgido en Asís entre unas clases sociales y otras; y nuestro autor Jorgensen ha podido citar el documento o acta suscrita por ambos bandos en 1210, y que aún existe original; cuya cláusula final dice: "A fin de establecer un arreglo de mutua conveniencia, ninguna de las partes entrará en liga o alianza con nadie, ni con el Papa y sus nuncios o legados, ni con el Emperador ni con el Rey, con ningún Estado o señor o fortaleza; antes por el contrario, esas mismas partes pro-

cederán unidas y concordes en todo lo que se enderece al bien de la república y progreso de la ciudad de Asís."

Llama la atención en este arreglo la distinción tan terminante que allí se observa entre el poder temporal del Papa y su carácter espiritual. Las dos partes que suscribieron el arreglo admitían, sin contestación, la plenitud del poder espiritual, pero ambos también se esforzaban por limitar la jurisdicción temporal dentro de la órbita común de los demás príncipes de la península italiana; y sin duda supieron hallar el medio de fijar la distinción entre el soberano temporal, cuya potestad no podía pasar de ciertos términos territoriales, y el Pontífice de la Iglesia con mando y poder sobre toda la cristiandad; de modo que si parecían siempre listos a entrar en pugnas con el gobernante civil, jamás pasó por su mente alzar estandarte de rebelión contra su autoridad religiosa. El mismo sentimiento se nota en el gran poema de Dante, el cual, siempre duro y acerbo al clamar contra lo que juzgaba errores o faltas de los papas, como la oposición sostenida por ellos contra el partido a que el poeta pertenecía, en tratándose de materias de orden espiritual, muéstrase dondequiera hijo sumiso de la Iglesia y su denodado campeón. Y así, por ejemplo, si por razones de política hace aparecer en el "Infierno" a un Bonifacio VIII, en el "Purgatorio" aparece su formidable invectiva contra Nogaret, Colonna y sus compañeros franceses por haber puesto manos sacrílegas en Anagni sobre aquel Pontífice, pasaje de tal vigor que apenas admite paralelo. Los hombres de aquella época sabían respetar la autoridad, sin desconocer por eso ni dejar aborrecer sus abusos.

El ejemplo de San Francisco ejerció influencia poderosa en el pensamiento de Dante y de todos los grandes espíritus de esa época; y las comunidades franciscanas, difundiendo por toda Italia los sentimientos de unión y fraternidad, vinieron a ser al propio tiempo una fuerza de consideración enfrente al poder de los emperadores que

miraban siempre con ojos provocativos la tierra encantada donde suena el "sí."

El traductor americano pone al fin de su libro la lista de las obras principales que han servido de fuente a Jorgensen para estudiar a San Francisco y su época; y este catálogo, notable por su extensión y variedad, es la mejor prueba de que el autor no ha procedido fantásticamente al trazar las líneas de su historia, como lo hacen tantos otros, sino sobre la base de una sólida documentación. Ningún libro histórico es tan digno de aprecio como el que se apoya en documentos auténticos, o mejor dicho, esas son las únicas historias dignas de todo crédito.

CAMPESINOS

(Entresacados de *Mis crónicas de aldeas*)

I

EL SABOR DE LA TIERRUCA

Que importemos de Francia y de Inglaterra
Lo que es útil allá, y aquí oportuno,
Bueno! muy bueno! Racional ninguno
Mueve a discretas novedades guerra.

• Pero si un lindo figurín se aferra
A comer en francés o estarse ayuno,
¿Ya son perversos, por decirlo el tuno,
Los nobles usos de la propia tierra?

¡Ah, nó! ¡Mal año! ¡Por Cervantes! Eso
Ni es ciencia, ni es industria, ni es progreso,
Pésele al tonto que en francés se educa.

Yo, al menos, que idolatro a mis mayores,
No trueco por gabachos redulzores
El castizo sabor de la tierra.